

“ITINERARIUM MENTIS”

SEGUIR A JESUS MÁS DE CERCA



4. “¿QUIÉN ES EL MÁS GRANDE?”

El servicio como proyecto de vida

José Miguel Núñez, sdb

A. COMO UN JOVEN DISCÍPULO EN TU BUSCA

No dejan de agolparse recuerdos en mi memoria y me cuesta ordenar las ideas. Es como un torbellino que me hace saltar de un acontecimiento a otro haciendo desfilar por mi mente recuerdos y experiencias que jamás podrá olvidar.

Mi querido Jonás, espero que puedas leer entre líneas lo importante que fueron para mí esos meses de encuentro con Jesús. Estuve pendiente de sus labios, atento a sus signos, dispuesto a seguirlo hasta el final. El final... ¡Ah, el final! Jerusalén estaba todavía lejos, pero ¡qué deprisa sucedió todo! Disculpa, amigo. Voy demasiado alocado. Trato de poner orden a mis recuerdos.

Aquel día, camino ya de Jerusalén para la fiesta, Jesús nos habló del poder. Lo recuerdo muy bien porque nunca hasta entonces Jesús había hablado así de lo que estaba por venir. Íbamos por el camino cuando se acercó hasta nosotros la madre de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo. Nos extrañó verla tan cerca del Maestro pero cuando quisimos darnos cuenta estaba postrada a sus pies como para rogarle algo. Jesús, sorprendido, le preguntó:

- *Mujer, ¿qué quieres?*
- *Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino.*

Todos pudimos oírla. Nos pareció, desde luego, una locura por su parte y una imprudencia. Es verdad que, por aquel entonces, muchos esperaban que el Reino de Dios tuviese una manifestación inmediata y llena de poder y de gloria. Pero lo que aquella mujer pedía estaba fuera de toda lógica, sólo explicable – desde luego – por el amor de una madre hacia sus hijos. En unos instantes, todos estábamos expectantes ante la respuesta del Maestro.

- *No sabéis lo que pedís. ¿Estáis dispuestos a seguir conmigo hasta el final? ¿Estáis dispuestos a entregar la vida, si fuera necesario?*
- Santiago y Juan, que amaban verdaderamente a Jesús, exclamaron convencidos:*

- *¡Claro, Maestro! Estaremos contigo hasta el final. Dispuestos a todo.*

Jesús los miró con cariño, como en tantas otras ocasiones, y continuó:

- Sé que estaréis conmigo hasta el final. Beberéis la misma copa amarga que yo, pero el sitio a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí otorgarlo sino al Padre.

Cuando oímos esto, todos nos indignamos y comenzamos a criticar a Santiago y a Juan por su desfachatez. Todos teníamos el mismo derecho que ellos a estar a la derecha de Jesús. ¿Por qué Santiago y Juan? ¿Eran más importantes que todos los demás? La rabia y la envidia nos encendieron y empezamos a discutir sobre quién de nosotros lo merecía más. Una vez más, ¡Qué equivocados estábamos, Jonás! Creíamos que el poder nos hace más importantes o que nos daba más autoridad ante los otros. Andábamos en la lógica del estar por encima de los demás, de tener más que los otros o simplemente creernos con más derechos por ser más fuertes. Era una lógica normal, todos pensaban así. También nosotros. No habíamos comprendido nada de la “lógica” de Jesús, de la lógica del Reino que daba la vuelta una y otro vez a nuestros esquemas torpes y ramplones. Jesús tomó de nuevo la palabra y puso un poco de cordura en aquella discusión que parecía no acabar nunca y cada vez se encendía más:

- ¿Sabéis algo? - Nos dijo; los jefes de las naciones las dominan con poder absoluto y los grandes las oprimen con tiranía. ¡Qué entre vosotros no sea así! ¿Nos habéis dado cuenta de que el Reino de Dios no es como las naciones de la tierra?

- Pero Maestro yo..., comenzó a decir Santiago.

- No, Santiago, no. El que de vosotros quiera ser el primero, habrá de ser el servidor de todos; el que quiera ser grande, que se haga el esclavo de todos. Esta es la lógica del Reino que empieza a crecer en medio de nosotros, imparable, por el poder de Dios. Ya lo dijo Isaías ¿no lo recordáis? El siervo de Yahveh es justo eso, esclavo que no ha venido a ser servido sino a servir y a dar la vida como rescate por muchos.

Pendientes de sus labios, todos nos quedamos atónitos. No supimos que contestar y acabó la discusión volviendo cada cual al camino conversando en voz baja, avergonzados de nuestra testarudez y cortedad de miras. Por lo que a mí respecta, te aseguro, Jonás, que no logré entender bien lo que Jesús acababa de decir. No creas que me fue fácil darle la vuelta a mi manera de pensar. Ahora veo que mi corazón estaba todavía demasiado pegado al suelo y mi mirada obcecada en un modo de interpretar el mundo que no se parecía nada al que

Jesús nos proponía.

Le he dado muchas vueltas a este asunto, ¿sabes? El poder, el dominio, el ser superior a los demás es una fuerte tentación que siempre ha ejercido una gran fascinación sobre mí. Tras el episodio de los Zebedeo, caminando un rato a solas y envuelto en mis pensamientos, recordé lo que sucedió unos días antes, cuando estábamos al otro lado del Jordán y le presentaron a Jesús unos niños.

A mí nunca me han gustado los niños. Son sucios y ruidosos. Molestan siempre y no paran de incordiar cuando están a tu lado. Siempre trato de evitarlos. Aquel día, sudorosos del camino, estábamos descansando bajo un árbol aceptando la hospitalidad de unos pastores que nos ofrecieron algo fresco para beber. Entonces, una mujer se acercó a Jesús con sus hijos pequeños, tres varones y una niña, para que los bendijera. Jesús les sonrió y los besó. Acarició con ternura sus mejillas y alborotó sus cabellos en un gesto de cariño y simpatía. Estábamos algo distraídos viendo la escena cuando el Maestro nos sorprendió a con una pregunta a bocajarro:

- *¿Sabéis quién es el más grande en el Reino de los cielos?*

Nos miramos unos a otros sin saber qué responder sabiendo que Jesús continuaría hablando. Cogió a uno de los pequeños en brazos y lo besó de nuevo. Entonces, dijo:

- *Si no os hacéis como un niño no podréis entrar en el Reino de los cielos. El que se haga pequeño como un niño, ése es el más grande en el Reino.*

No recuerdo bien cómo terminó la escena. Probablemente los niños se marcharan sin más con su madre, contenta de los gestos de cariño del profeta galileo. Los demás seguimos descansando un rato sin que nadie añadiera ningún comentario a la enseñanza del Maestro. Pero para mí no fue indiferente aquel gesto de Jesús con los pequeños. Y, sobre todo, no me pasaron desapercibidas sus palabras: “¡Ser como niños!”. Sin duda Jesús quería hacernos comprender algo para lo que no estábamos preparados. Ser sencillos, simples, pequeños, con una mirada transparente, como los niños, era algo que no entraba fácilmente en mis esquemas. Sobre todo cuando había crecido en la idea de ser fuerte, no dejarme pisar, desconfiar de todos. Y ahora el Maestro nos pedía ser como niños. “¿Y así

vamos a hacer la revolución?” “¿Y así va a surgir el Reino?” Pensé. El calor del mediodía y el gusanillo del hambre en mi estómago hicieron el resto para en unos instantes dejara de pensar en semejante tontería.

Ha pasado el tiempo desde aquellos dos sucesos que te he referido. Han sucedido muchas cosas. Ahora, querido Jonás, cuando todo ha terminado empiezo a entender mejor lo que Jesús quiso enseñarnos. Me contó Santiago, el de Zebedeo, lo que sucedió la noche antes de morir Jesús. Me lo contó con lágrimas en los ojos, seguramente recordando el episodio del camino y reprochándose haber sido tan estúpido.

El Señor Jesús, la noche que estaba cenando con sus discípulos antes de ser entregado, se despojó del manto, se ciño una toalla y cogiendo la jofaina se inclinó para lavar los pies a sus discípulos secándoselos con la toalla. Los doce, me refirió Santiago, no salían de su asombro. Cuando le tocó el turno a Pedro, con el rostro visiblemente contrariado, se levantó y dijo:

- *¿Lavarme los pies tú a mí? ¡No me lavarás los pies jamás!*

Jesús, pacientemente, le respondió

- *Si no te lavo los pies, no tienes nada que ver conmigo.*

- *Señor, entonces, no sólo los pies sino las manos y la cabeza, añadió Pedro.*

- *El que se ha bañado no necesita lavarse. Está ya limpio.*

Al terminar de lavar los pies a todos, Jesús volvió a la mesa y continuó hablando.

- *¿Habéis entendido lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor. Y decís bien, porque lo soy. Pues, si yo, el Maestro y el Señor he hecho esto con vosotros, haced también vosotros lo mismo. Debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho.*

Dice Santiago que aquella fue una cena entrañable. Pero también llena de tristeza porque sonaba a despedida. Aunque bien poco podían imaginar cómo iba a suceder todo. Aquella noche, larga y negra noche, todo sucedió más deprisa de lo esperado. Pero sobre esto, ya te contaré más adelante.

¿Te has dado cuenta, Jonás? El Señor Jesús lavó los pies a sus discípulos antes de morir. Justo antes de morir. El gesto de la cena, inclinado sobre sus discípulos, cobra sentido a la luz de lo que sucedió después. Servir, lavar los pies a los otros, inclinarse ante los hermanos, no es más que una forma de dar la vida. Jesús anticipó su propia muerte en aquel gesto de humildad. Nos quiso hacer entender que el más grande es quién más sirve. Que el gesto supremo de grandeza es dar la vida por los que se ama.

No hay más libertad, Jonás, que la de romperse – como el grano de trigo en el surco – por los demás. Jesús quiso darnos ejemplo ayudándonos a comprender que también él estuvo entre nosotros como el que sirve. No hay mayor grandeza, no hay mayor poder que la debilidad del que se hace pequeño, a merced de todos, para servir.

La muerte es la máxima expresión de la debilidad. Pero en Jesús cobra la fuerza del que ha partido su vida con coherencia y libertad, con la dignidad de quien entrega su existencia por puro amor. Y solo el amor, Jonás, es digno de ser creído. Yo, amigo mío, he creído.

B. TU PALABRA ES LAMPARA PARA MIS PASOS

1. LEER LA PALABRA

1.1. El texto (Jn 13, 1-15)

“Era la víspera de la fiesta de la pascua. Jesús sabía que le había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre. Y él, que había amado a los suyos, que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el fin. Estaban cenando y ya el diablo había metido en la cabeza a Judas Iscariote. Hijo de Simón, la idea de traicionar a Jesús. Entonces Jesús, sabiendo que el Padre le había entregado todo, y que de Dios había venido y a Dios volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ciñó a la cintura. Después echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura. Cuando llegó a Simón Pedro, éste se resistió:

- Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?

Jesús le contestó:

- Lo que estoy haciendo tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después.

Pedro insistió:

- Jamás permitiré que me laves los pies.

Entonces Jesús le respondió:

- Si no te lavo los pies, no podrás contarte entre los míos.

Simón Pedro reaccionó así:

- Señor, no solo los pies; lávame también las manos y la cabeza.

Entonces dijo Jesús:

- El que se ha bañado solo necesita lavarse los pies, porque está completamente limpio; y vosotros estáis limpios, aunque no todos.

Sabía muy bien Jesús quién lo iba a entregar; por eso dijo: “vosotros estáis limpios, aunque no todos”.

Después de lavarles los pies, se puso de nuevo el manto, volvió a sentarse a la mesa y dijo a sus discípulos:

- ¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y tenéis razón, porque efectivamente lo soy. Pues bien, si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies vosotros debéis hacer lo mismo unos a otros. Os he dado ejemplo para que hagáis lo que he hecho con vosotros”.

1.2. El contexto

- El relato del lavatorio de pies representa en Juan algo así como el pórtico a la historia de la pasión; y sólo por este motivo es difícil sobrevalorar su importancia teológica. Ciertamente que no nos hallamos aquí ante un relato «histórico», aunque bien podría haber detrás una tradición más antigua; lo que en modo alguno está resuelto. Se trata más bien de una narración simbólica, en la que se condensa una determinada comprensión de Jesús y de su muerte. La perícopa está perfectamente compuesta. Después de la observación introductoria (v. 1) siguen el relato de la acción simbólica (v. 2-5) y su primera interpretación (v. 6-11).
- El versículo 1 con el dato cronológico «antes de la fiesta de la pascua» constituye por su afirmación categórica la introducción no sólo a los discursos de despedida sino también a todo el relato de la cena y pasión. Todo ello bajo el signo de «la hora» de Jesús, que ya ha llegado. El significado de esa «hora» se determina como un «pasar de este mundo al Padre», como un amor «hasta el extremo» o «hasta la consumación». El tránsito de Jesús al Padre, que abraza la muerte en cruz y la resurrección -ése es justamente el contenido completo de la «hora»-, lo entiende Juan como la culminación suprema del amor de Jesús a los suyos. Lo que Juan quiere exponer a continuación no es una historia trivial que tuvo lugar una vez, sino la historia del amor cumplido.
- Los versículos 2-5 enlazan directamente con la última cena, que el Autor conoce por la tradición. Se introduce en seguida a Judas Iscariote, que desempeña un papel capital en la entrega de Jesús. Aparece como el instrumento del diablo. En el centro sin embargo está la acción simbólica del lavatorio de pies. El versículo 3 retrata al auténtico Jesús joánico como el portador de los plenos poderes otorgados por Dios -unos poderes soteriológicos-, lo que comporta asimismo una libertad y una soberanía superior, que no le abandonan en ningún momento decisivo de la «hora». Según esta exposición, Jesús no sucumbe a un destino ciego, sino que maneja a su libre albedrío todo el acontecimiento que va a venir sobre él: la pasión aparece mucho más como una acción de Jesús, que como algo que sufre y padece. El fundamento de esa superioridad está en la unión de Jesús con Dios, con el «Padre», unión que eleva a una dimensión misteriosa, la del amor, algo que al contemplador superficial puede parecer incomprensible y absurdo. También el episodio del lavatorio de pies supone esa superioridad. Es

indicio de la suprema libertad con que Jesús se digna prestar a sus discípulos el servicio más humilde. Al propio tiempo el lavatorio de pies aparece como una explicación simbólica de la muerte de Jesús. A los discípulos, a los que ama hasta el extremo, les presta el más humilde servicio de los esclavos.

- Los versículos 6-11, cuyo núcleo es la conversación de Jesús con Pedro, aportan una primera explicación del acto simbólico de Jesús. El evangelista trabaja aquí con el recurso estilístico de las «malas interpretaciones joánicas». Al principio Pedro no entiende para nada el hecho, más aún se opone a su realización. No puede concebir que Jesús, a quien reconoce y venera como a su maestro, tenga que lavarle los pies. Frente a la negativa de Pedro Jesús insiste: quien desee tener parte con él, quien quiera estar en comunión con él y pertenecerle, no tiene más remedio que permitir a Jesús prestarle ese servicio de esclavo; o, dicho sin metáforas: hay que aceptar personalmente la muerte de Jesús como una muerte salvífica.
- Para comprender todo el episodio hay que partir del hecho de que la acción simbólica del lavatorio de pies alude a la importancia soteriológica de la muerte de Jesús. Es el símbolo de la purificación total y completa, y explica la eficacia de la muerte de Jesús en el sentido de Jn 1,7: «Y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado». Si, pese a todo, se quiere dar un significado al añadido, sólo podrá buscarse en la prolongación de ese principio; la primera prueba de ello sería que los discípulos en su trato mutuo han de imitar el ejemplo de Jesús. No hay referencias al bautismo, ni tampoco a la palabra, sino a la muerte salvífica de Jesús, que opera la purificación completa en cuantos quieren acogerla.

2. MEDITAR LA PALABRA

- Partimos, pues, de la interpretación cristológica y soteriológica (= la doctrina relativa a la salvación) del símbolo del lavatorio de pies. Según ella la existencia de Jesús, y sobre todo su muerte en cruz la entiende Juan como un servicio de amor sin igual que Jesús presta a los hombres bajo el signo de la existencia al servicio de los demás. En ese punto coincide con las afirmaciones del himno cristológico de la carta a los Filipenses (Flp 2,5-11) así como con las afirmaciones sinópticas sobre el servicio de Jesús (Mc 10,45; Mt 20,28; Lc 22,27). Justamente el amor perfecto y cumplido se manifiesta en que Jesús se hace servidor de todos, y

esa total «existencia al servicio de los demás» es al propio tiempo la expresión suprema de su divinidad. Pregúntate: ¿Es mi existencia un servicio incondicional a los demás?

- Sin duda que es decisivo el criterio establecido por Jesús y expuesto mediante el gesto simbólico del lavatorio de pies: el amor se demuestra en la propia humillación, en la propia limitación, en el ser y obrar a favor de los demás. Amar significa ayudar al otro para su propia vida, su libertad, autonomía y capacidad vital; proporcionarle el espacio vital humano que necesita. Para nosotros el gesto simbólico del lavatorio de pies ha perdido mucha de su fuerza original. En la vieja sociedad esclavista, en que tiene su genuino *Sitz im Leben*, su mensaje no podía interpretarse mal. Jesús se identifica con quienes nada contaban. El amor, tal como él lo entendía y practicaba, incluía la renuncia al poder y al dominio así como la disposición a practicar el servicio más humillante. Si se quiere pertenecer a Jesús hay que estar pronto a un cambio de conciencia tan radical.
- Jesús revela, pues, el camino del servicio y de la entrega como senderos de salvación. Son la disponibilidad, la acogida, el olvido de uno mismo, la entrega sin condiciones, la actitud humilde del servicio... los que caracterizan a los seguidores de Jesús. Para los cristianos no hay más camino que el servicio y la humildad. La comunidad es la expresión de la fraternidad y ésta no es posible sin las actitudes de acogida, humildad y servicio a los hermanos. Revisa tus actitudes en la comunidad. Ilumina tu experiencia de fraternidad con la propuesta evangélica que estamos reflexionando.
- La pregunta de Jesús a sus discípulos después del lavatorio de los pies. “¿comprendéis lo que acabo de hacer?” (Jn. 13, 12), van dirigidas también al hombre de hoy, a nosotros también. “¿Comprendéis lo que acabo de hacer?”. ¿Cómo comprenderlo? Déjate lavar por Jesús. Una y otra vez. Hasta que aprendas a hacer, junto con Él, y continuar haciendo, lo que Él ha hecho (cf. Benedicto XVI).

3. REZAR CON LA PALABRA

- Cierra los ojos y contempla la Palabra. En silencio, en paz, sin prisas...

saborea cuanto el Señor tiene que decirte.

- Ora a tu Padre que está en lo escondido... deja que el corazón se exprese, dale rienda suelta a tu plegaria.
- Puedes concluir con estas palabras:

“Padre, dame un corazón como el de Jesús, tu Hijo, que nos ha revelado tu amor y tu verdad. Que yo pueda vivir cada día los mismos sentimientos de Cristo, que se humilló a sí mismo y se convirtió en el servidor de todos. Que también yo entienda en mi vida cotidiana que el único poder es el servicio y que pueda entregarme sin condiciones ante las necesidades de mis hermanos, sin pedir nada a cambio, sin buscarme a mí mismo, sin reclamar compensaciones afectivas. Que yo comprenda, Dios mio, que solo el amor auténtico – despojado y sin reservas como el de Jesús en la cruz – es digno de ser creído”. AMEN.

C. PAUTAS PARA LA VIDA

El único poder es el servicio. Así lo repitió con rotundidad el Papa Francisco a los cardenales al día siguiente de su elección. No hizo más que recordar a Jesús, cuando dijo a sus discípulos “Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos” (Mc 9, 35). Y de eso se trata, de servir. El texto del cuarto Evangelio que hemos meditado hoy nos recuerda que en la vida del seguidor del Maestro no hay otro horizonte que el de servir a los hermanos, a los pequeños, a los pobres. Inclínándose ante sus amigos y besándoles los pies, Jesús está anticipando el gesto de mayor coherencia: no hay amor más grande que dar la vida. Hay otro modo de vivir la comunidad, la misión, la experiencia eclesial... es necesario dale la vuelta a la cabeza y poner el corazón del revés.

EJERCICIOS ESPIRITUALES SS.CC.

Villagonzalo, 11-13 de marzo de 2022